

Lectio Divina – Esquema A

Una compasión excesiva: El padre misericordioso (Lc 15,11-32)

La Palabra de Dios es escuchada

Jesús dijo: «Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.” Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.” Y, levantándose, partió hacia su padre.

Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.” Pero el padre dijo a sus siervos: “Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponedle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.” Y comenzaron la fiesta.

Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: “Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.” Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!” «Pero él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío

es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.»»

La Palabra de Dios es meditada

Entre los muchos y diversos conflictos que se verifican dentro de los muros domésticos es difícil, y quizá imposible, imaginar a un padre que abandona la propia posición para salir al encuentro de un hijo cuyo rastro se ha perdido. Si el acostumbrado título “el hijo pródigo” propuesto para la parábola es inadecuado, es porque el protagonista indiscutible es el padre que se relaciona con ambos hijos y trasgrede el derecho de la distribución hereditaria.

Al comienzo del relato, el padre se limita a escuchar la solicitud del menor. No se ofrece ninguna explicación sobre las razones por las cuales el hijo pide lo que le corresponde. ¿Por qué es un conflicto para el hermano mayor? ¿No comparte la manera de actuar de su padre? ¿O es porque vislumbra la exigencia de una vida independiente? Cualquier motivo es silenciado, pues al narrador no le interesan las razones, sino el rápido alejamiento del hijo de la casa paterna. Después de haber descrito la vida disoluta del hijo menor, el padre regresa a la escena para realizar unos gestos increíbles: ve desde lejos a su hijo, -lo cual expresa que lo espera desde que se alejó de casa-, siente compasión, corre a su encuentro, se le echa al cuello y lo besa (v. 20). Por unos instantes le deja al hijo la posibilidad de que le comunique lo que había previsto del encuentro. Lo interrumpe antes de escuchar su petición de ser tratado como un jornalero y ordena a los siervos que traigan la mejor ropa, que le pongan un anillo en el dedo y sandalias en los pies, que maten el becerro gordo y que festejen. De todas las acciones que el padre realiza con su hijo menor, la más decisiva en el desarrollo de la parábola está en el verbo “sintió compasión” (v. 20).

El padre ama visceralmente a su hijo perdido, hasta el punto de sentir la pasión humana más profunda. Hemos encontrado el mismo verbo en el desarrollo de la parábola del buen samaritano: “Sintió compasión” (*Lc* 10,33; 15,20). La compasión del samaritano por el moribundo es la misma del padre por su hijo perdido. Sin compasión es imposible correr al encuentro del hijo, echarse a su cuello y reintegrarlo en la dignidad perdida.

Bien dice Juan Pablo II, en su encíclica *Dives in misericordia*, donde dedica el cuarto capítulo a esta parábola: “La fidelidad del padre a sí mismo está totalmente centrada en la humanidad de su hijo perdido, en su dignidad” (DV 6). Al centro de la parábola se encuentra la misericordia del padre y no su bondad. Si la bondad es una cualidad del carácter, la misericordia es una dimensión que madura en el interior y se concreta en acciones hacia el prójimo.

La prueba más dura está todavía por llegar, y se verifica cuando se pone al descubierto el modo de pensar del hijo mayor. Es dramático el rechazo del mayor, que decide no entrar en la casa; su ira lo petrifica ante una puerta que ha cruzado muchas veces. Entonces el padre decide salir de la casa otra vez y suplicarle. En esta ocasión el precio es más alto que el pagado por el hijo menor: el padre debe padecer un reproche que lo desgarrar! El mayor lo acusa incluso de ser avaro, de no estar dispuesto a darle ni un cabrito para festejar con sus amigos. Un padre en contradicción consigo mismo es aquel que no retribuye a quien le es fiel, mientras que hace matar le becerro gordo para quien ha despilfarrado su herencia. La ira lleva al mayor a tergiversar la verdad que conoce desde el principio: frente a la petición del menor de la herencia que le corresponde, el padre no opuso resistencia; tres cuartas partes del patrimonio familiar son del mayor.

La misericordia del padre no conoce límites: habría podido responder que, mientras esté en su casa, es él quien manda. Según el derecho patrimonial, mientras viva, ipuede hacer lo que quiera con sus bienes! En lugar de eso, el padre se pone en la situación del hijo mayor y lo invita a reflexionar sobre sus relaciones. Es inmensa la ternura con la cual se dirige al mayor: aunque este nunca lo llama “padre”, él sí lo llama “hijo mío” (*teknon*): una palabra que denota una relación íntima. El padre reconoce que el patrimonio restante es del mayor, pero no le interesa. Más que nada, su preocupación se centra en la afrenta de “ese hijo tuyo”, con el que fue reprochado por el mayor, para transformarla en “tu hermano”. La conversión más profunda que el padre espera no es la del menor, que ha regresado a la casa solamente porque de otra manera habría muerto de hambre; es, sobre todo, la del mayor, incapaz de reconocer a su padre y a su hermano.

(Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización,
Las parábolas de la misericordia.)

La Palabra de Dios es orada

Invocación al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, envíanos desde el Cielo un rayo de tu luz.

Ven, Padre de los pobres, ven, dador de los dones, ven, luz de los corazones.

Consolador perfecto, dulce huésped del alma, dulcísimo consuelo.

Descanso en la fatiga, en el ardor tranquilidad, consuelo en el llanto.

Oh Luz Santísima, llena en lo más profundo los corazones de tus fieles.

Sin tu fuerza, nada hay en el hombre, nada que sea inocente.

Lava lo que está manchado, riega lo que es árido, cura lo que está enfermo.

Doblega lo que está rígido, calienta lo que está frío, endereza lo que está extraviado.

Concede a tus fieles, que en ti confían,
tus siete sagrados dones.

Dales virtud y premio, dales muerte santa, dales eterno gozo. Amén

Lectio Divina – Esquema B

La compasión de un extranjero: El buen samaritano (Lc 10,25-37)

La Palabra de Dios es escuchada

Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: «Maestro, ¿qué hacer para tener en herencia vida eterna?» Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.» Díjole entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás.» Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «Y ¿quién es mi prójimo?»

Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.” ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» Él dijo: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole Jesús: «Vete y haz tú lo mismo.»

La Palabra de Dios es meditada

No por casualidad son elegidos tres personajes que, desde perspectivas diversas, están implicados en la cuestión del culto al único Dios: un sacerdote que sube o baja de Jerusalén para servir en el Templo; un levita que pertenece a la clase sacerdotal, pero que no necesariamente debía ejercitar el servicio en el culto; y un samaritano. Y aquí empiezan a no cuadrar las cuentas, porque la tríada normal comprendería a un sacerdote, un levita y un israelita (Dt 18,1; 27,9). El samaritano es un tercero incómodo porque, según la mentalidad

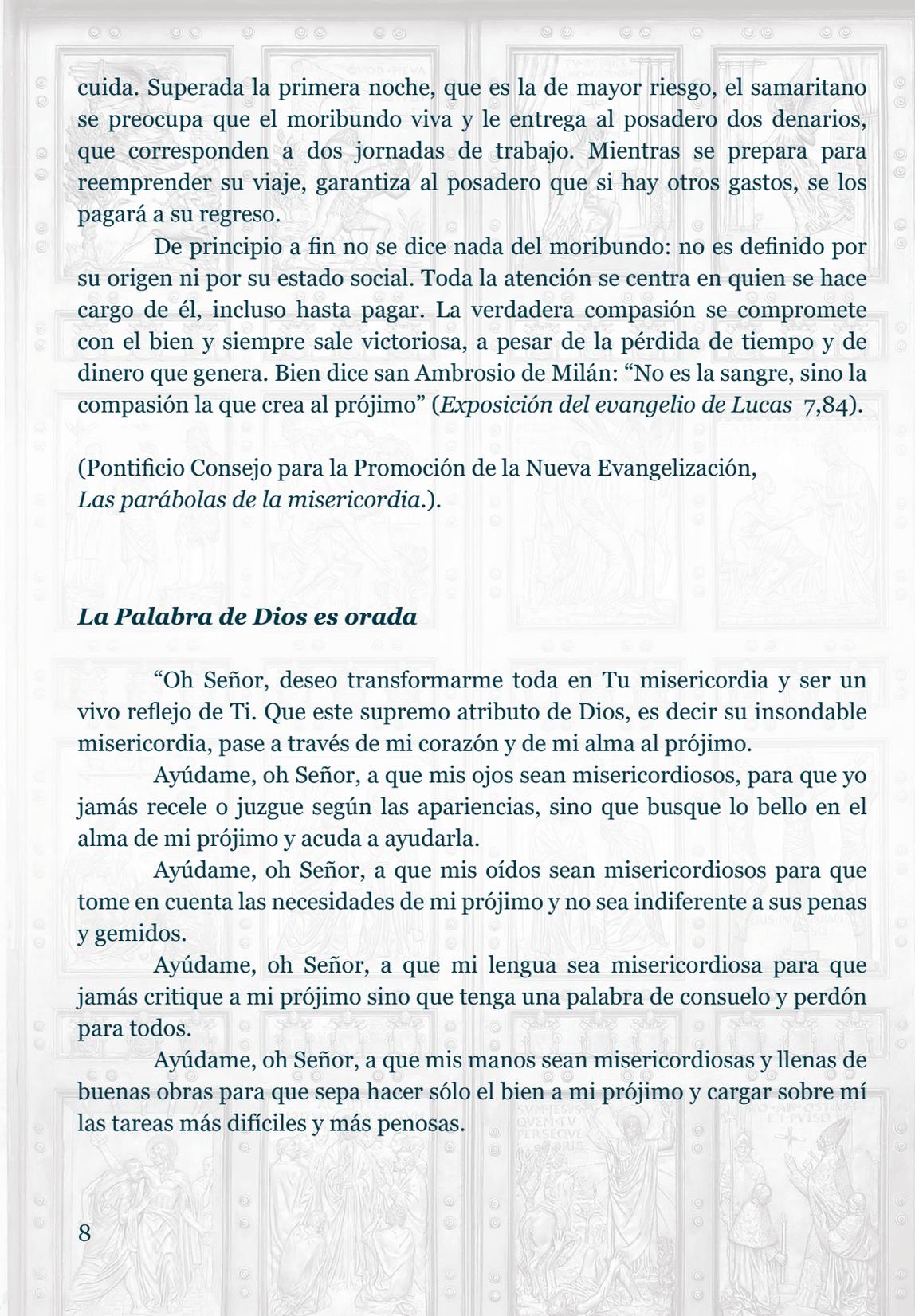
judía, es un impuro, que debe ser considerado como extranjero. En el diálogo entre Jesús y la samaritana se señala el motivo principal de discordia entre ambos pueblos: ¿en cuál monte se debe adorar a Dios? ¿En Jerusalén o en el monte Garizím? (*Jn 4,20*).

Según la Ley de Moisés, cualquiera que toque un cadáver queda impuro por una semana; si se contamina y cumple un acto de culto, debe ser expulsado de Israel (*Nm 19,11-13*). La norma tiene mayor peso para el sacerdote, incluso en el caso de que el difunto sea su pariente (*Lv 21,1-4*). Así, Jesús ha elegido una situación límite, donde el sacerdote y el levita son puestos ante la alternativa entre la observancia de las reglas de la pureza cultural y el socorro al moribundo. En todo caso, es necesario precisar que las normas culturales no excusan al sacerdote ni al levita, porque en situaciones como la de la parábola también ellos están obligados a socorrer al moribundo; pero acá ambos lo ven y pasan de largo.

Finalmente, un samaritano ve al moribundo, siente compasión de él y se hace cargo. Así, la parábola crea un contraste insostenible: lo que no hacen un sacerdote y un levita, lo realiza un samaritano, que es un enemigo. El contenido de la parábola comienza a ser provocador porque aquí el amor a Dios no es garantía de amor al prójimo; es más, lo que se esperaría de quienes más conocen el amor a Dios (el sacerdote y el levita), lo realiza alguien definido sólo por su diversidad: ¡el moribundo recibe la salvación de un extranjero!

La parábola da el vuelco cuando se precisa que un samaritano “sintió compasión” del moribundo (v. 33); tanta fue que al final el doctor de la Ley reconoce que el prójimo es “quien ha practicado misericordia con el moribundo” (v. 37). Vale la pena detenerse en el verbo que expresa la compasión del samaritano. El verbo “compadecer” (*splagchnízomai*) deriva del sustantivo *splágchna* que, en griego, se refiere a las vísceras humanas, incluido el corazón. Según la manera común y corriente de pensar en tiempos de Jesús, con las vísceras se expresan los propios sentimientos: el amor, la compasión y la misericordia. El samaritano no se limita a mirar al moribundo, sino que se siente involucrado en lo más íntimo, y es tal la compasión visceral, que pone en marcha todo lo que le sea posible para salvarlo.

La verdadera compasión no es un sentimiento, sino una acción que produce el cuidado de otro. Prestando gran atención a los detalles, Jesús describe la ayuda del samaritano al moribundo: se le acerca, desinfecta y venda sus heridas, lo pone sobre una cabalgadura, lo lleva a una posada y lo



cuida. Superada la primera noche, que es la de mayor riesgo, el samaritano se preocupa que el moribundo viva y le entrega al posadero dos denarios, que corresponden a dos jornadas de trabajo. Mientras se prepara para reemprender su viaje, garantiza al posadero que si hay otros gastos, se los pagará a su regreso.

De principio a fin no se dice nada del moribundo: no es definido por su origen ni por su estado social. Toda la atención se centra en quien se hace cargo de él, incluso hasta pagar. La verdadera compasión se compromete con el bien y siempre sale victoriosa, a pesar de la pérdida de tiempo y de dinero que genera. Bien dice san Ambrosio de Milán: “No es la sangre, sino la compasión la que crea al prójimo” (*Exposición del evangelio de Lucas 7,84*).

(Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, *Las parábolas de la misericordia.*).

La Palabra de Dios es orada

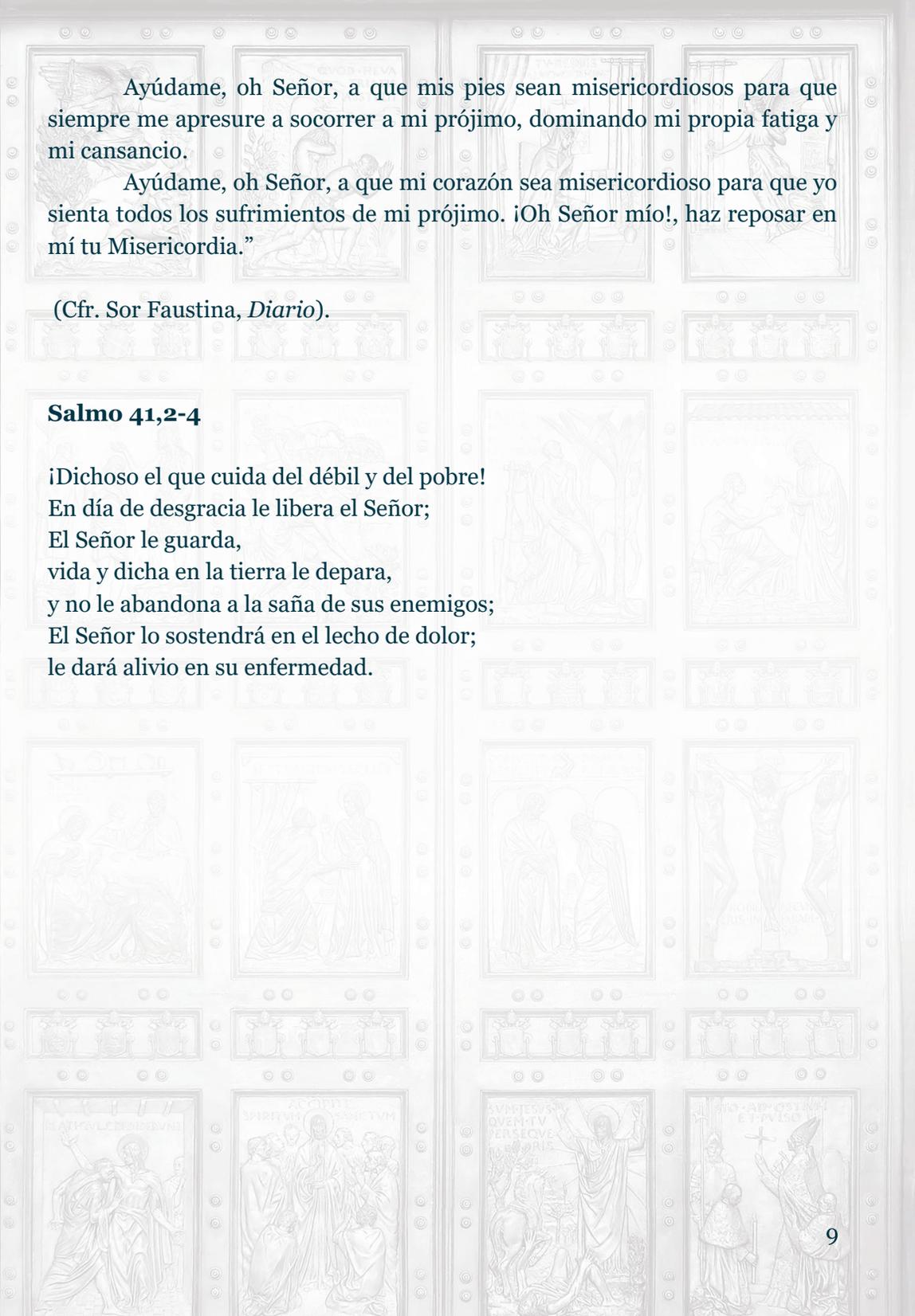
“Oh Señor, deseo transformarme toda en Tu misericordia y ser un vivo reflejo de Ti. Que este supremo atributo de Dios, es decir su insondable misericordia, pase a través de mi corazón y de mi alma al prójimo.

Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla.

Ayúdame, oh Señor, a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos.

Ayúdame, oh Señor, a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás critique a mi prójimo sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos.

Ayúdame, oh Señor, a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras para que sepa hacer sólo el bien a mi prójimo y cargar sobre mí las tareas más difíciles y más penosas.



Ayúdame, oh Señor, a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio.

Ayúdame, oh Señor, a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo. ¡Oh Señor mío!, haz reposar en mí tu Misericordia.”

(Cfr. Sor Faustina, *Diario*).

Salmo 41,2-4

¡Dichoso el que cuida del débil y del pobre!
En día de desgracia le libera el Señor;
El Señor le guarda,
vida y dicha en la tierra le depara,
y no le abandona a la saña de sus enemigos;
El Señor lo sostendrá en el lecho de dolor;
le dará alivio en su enfermedad.

Lectio Divina – Esquema C

¿Quién es justificado por Dios?

El fariseo y el publicano en el templo (Lc 18,19-14)

La Palabra de Dios es escuchada

Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias.” En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!” Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.»

La Palabra de Dios es meditada

La escena se desarrolla en el templo al cual suben los dos protagonistas, que son anónimos. Se escoge a estos dos hombres no para condenar o premiar las categorías a las cuales pertenecen, sino para dar la idea de los caracteres representados en la parábola. No porque uno pertenezca al movimiento de los fariseos debe ser considerado soberbio, ni porque el otro es un cobrador de impuestos es humilde. No son sus orígenes los que los vuelven justos o pecadores, sino el modo de relacionarse con Dios y con el prójimo.

El templo de Jerusalén es el lugar del encuentro: hasta su destrucción por los romanos en el año 70 después de Cristo, fue uno de los pilares de la piedad judía y era valorado sobre todo porque ahí se podían perdonar los pecados. Como de costumbre, la parábola presenta una relación triangular: un fariseo, un cobrador de impuestos y Dios a quien se dirigen. El tercer polo es tan importante como los otros dos. Ambas oraciones comienzan con “Dios mío” (Lc 18, 11.12) y al final es justificado por Dios el cobrador y no el fariseo (Lc 18, 14). Sin embargo, lo contrastante son las actitudes y oraciones de

los dos protagonistas. Ambos se dirigen al mismo Dios, pero tienen ideas y actitudes contrapuestas. El fariseo reza estando de pie, mientras el publicano no tiene el valor para levantar los ojos al cielo y se golpea el pecho. Todavía más contrastantes son los contenidos de sus oraciones: en el griego del Evangelio, el fariseo utiliza veintinueve palabras, mientras el publicano sólo usa seis.

A pesar de su larga oración, el fariseo no ha sido justificado, mientras que ha sido suficiente la breve plegaria del cobrador para regresar a su casa justificado.

¿Qué es lo que ha determinado el vuelco de la situación? Como fueron elegidos dos caracteres típicos, la parábola se polariza en torno a dos giros. En la primera parte, es decisivo el giro en la oración del fariseo: no le basta con exaltarse ante Dios; siente la necesidad de compararse con los demás para despreciarlos. El punto central se encuentra en la expresión: “ni tampoco como este publicano” (v. 11). El resto de su oración no es reprobable; antes bien, es la oración de un hombre afanoso de la Ley y de las tradiciones judías. Lo que lo hace regresar a casa sin justificación es el desprecio por el publicano: lo juzga ignorando su arrepentimiento y su oración, a causa de la distancia que los separa.

También la segunda parte contiene un giro en la plegaria del recaudador: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!” (v. 13). El cobrador no busca atenuantes del tipo: “Porque mi labor es considerada impura, trato de sacar el menor provecho”; ni tampoco: “Tengo una familia que sostener y no puedo cambiar de trabajo”. Se presenta a Dios sobre todo con un corazón desnudo. Con una plegaria brevísima expresa lo que es agradable a Dios; el reconocimiento de la culpa, la expiación y la fe en su perdón. Reconocerse pecador ante Dios es la condición necesaria para estar justificados, de otra manera prevalece la arrogancia de quien se considera impecable.

(Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización,
Las parábolas de la misericordia.)

La Palabra de Dios es orada

Salmo 103

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.
El perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
el rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura;
el sacia de bienes tus anhelos,
y como un águila
se renueva tu juventud.
El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.
El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen
nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.
Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.
Como un padre
siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él conoce nuestra masa,
se acuerda de que somos barro.
Los días del hombre
duran lo que la hierba,

florecen como flor del campo,
que el viento la roza, y ya no existe,
su terreno no volverá a verla.

Pero la misericordia del Señor
dura siempre,
su justicia pasa de hijos a nietos:
para los que guardan la alianza
y recitan y cumplen sus mandatos.

El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.

benedicid al Señor, ángeles suyos,
poderosos ejecutores de sus órdenes,
prontos a la voz de su palabra.

Benedicid al Señor, ejércitos suyos,
servidores que cumplís sus deseos.

Benedicid al Señor, todas sus obras,
en todo lugar de su imperio.

¡Bendice, alma mía, al Señor!



ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO POR EL JUBILEO DE LA MISERICORDIA

Señor Jesucristo,
tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él.
Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.
Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo
de la esclavitud del dinero;
a la adúltera y a la Magdalena del buscar la felicidad
solamente en una creatura;
hizo llorar a Pedro luego de la traición,
y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.
Haz que cada uno de nosotros escuche como propia la palabra
que dijiste a la samaritana:
¡Si conocieras el don de Dios!

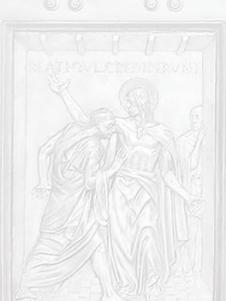
Tú eres el rostro visible del Padre invisible,
del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo
con el perdón y la misericordia:
haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti,
su Señor, resucitado y glorioso.

Tú has querido que también tus ministros fueran revestidos de debilidad
para que sientan sincera compasión por los que se encuentran
en la ignorancia o en el error:
haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado,
amado y perdonado por Dios.

Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción
para que el Jubileo de la Misericordia sea un año de gracia del Señor
y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo,
llevar la Buena Nueva a los pobres
proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos
y restituir la vista a los ciegos.

Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia,
a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.
Amén.

Franciscus





JUBILEO DE LA MISERICORDIA

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

www.im.va

